

 Seix Barral

Esther Cross

Betina González

La aventura sobrenatural

Historias reales de apariciones, literatura y ocultismo





Seix Barral Biblioteca breve

Esther Cross - Betina González

La aventura sobrenatural

Historias reales de apariciones,
literatura y ocultismo

INTRODUCCIÓN

¿Alguna vez, en plena vigilia, vio un objeto o un ser vivo, oyó una voz o sintió que algo rozaba su cuerpo sin que ninguna presencia física justificara esas impresiones?

Diecisiete mil personas contestan esta pregunta en Inglaterra a fines de 1880. Una de cada diez lo hace afirmativamente. La mayoría vio a alguien. Algunos oyeron que los llamaban por su nombre; otras personas sintieron pasos. Una mujer se sacude como si le hubieran dado una trompada en la cara, con un dolor fuerte, sordo y líquido. Instintivamente, se tapa los labios con el pañuelo. Cuando mira, el pañuelo está seco. A pocas millas, en el lago, su marido acaba de darse un golpe con el remo y le sangra la boca.

La pregunta abre una puerta. Hace tiempo que una fuerza empujaba del otro lado y los secretos salen a borbotones. Las pilas de correspondencia invaden la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Acaso, como dice Maeterlinck en *El tesoro de los humildes*, «podemos soportar el silencio aislado, el nuestro. Pero el silencio de muchos, el silencio multiplicado, y sobre todo el silencio de una muchedumbre es un fardo sobrenatural cuyo peso inexplicable temen las almas más fuertes».

Han llegado algunas almas fuertes que se animan a preguntar. Saben que asumen un riesgo grande. Pueden encontrarse con *algo*, sea lo que sea, o con un fiasco. Las personas les responden con una ansiedad postergada y herida. Antes, cuando contaban, las miraban de reojo y las despachaban al submundo de la ignorancia o el espectáculo del circo y la locura, porque nadie sabía qué hacer con esto.

Los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas envían 410 encuestadores a preguntar. Publican avisos en diarios y revistas. Quieren saber de qué se trata. Estudian las respuestas como fenómenos desnudos, en su energía original, sin pátinas religiosas ni mitificaciones. El investigador Edmund Gurney organiza el censo y considera todas las variables: creencias, predisposición, trampas de la memoria, deseo retroactivo. Luego entrevistan personalmente a los que respondieron que sí, a ese 10 % —y a otros que se suman—. Hablan con 2.272 hombres y mujeres que vieron, oyeron o sintieron estas apariciones y cuyos casos fueron chequeados por el comité. No todos reúnen los requisitos de validación que impone la Sociedad. Edmund Gurney convoca al matemático Francis Ysidro Edgeworth para trabajar con las estadísticas. Los extensos tratados, los gráficos con cifras y coordenadas se entretajan en un panel, y en el centro de esa red laboriosa crece un secreto. Edmund Gurney entrevista a los que pasan los filtros de este Censo de Alucinaciones. Las personas le hablan tranquilamente de sus experiencias. Se perfila una nueva concepción del Más Allá, del «otro lado», ni de cripta ni de cielo, que transcurre en simultáneo, apenas separado de la vida diaria por un velo.

La palabra *alucinación* es un paraguas para cubrirse de los ataques de las academias científicas. También es una sus-

tracción. A diferencia del clásico fantasma, estas visiones, estos aparecidos, estas imágenes que una mente envía a otra no dejan rastros físicos cuando se desintegran. La gran mayoría de los casos recolectados por el Censo de Alucinaciones no refieren a muertos: son imágenes de personas vivas que atraviesan una crisis o agonizan mientras se presentan. Los cálculos de Francis Ysidro Edgeworth y el gran número de casos en que la coincidencia entre el momento de la aparición y la agonía del aparecido se repiten no dejan dudas: el azar queda descartado. Hay algo más. Son «apariciones de crisis». Son fantasmas de los vivos.

A veces, la intensidad que activa la transmisión es de otro tipo. Los fantasmas de los vivos hacen sociales. Como el hombre que va caminando por Picadilly Circus y ve en la vereda de enfrente a un viejo compañero de la universidad, que no se detiene a pesar de las señas y los saludos, seguramente porque a esa hora está leyendo un libro en su casa de Oxford. Otros tienen intenciones *non sanctas*. Cuando se dan a conocer los resultados y las teorías del Censo de Alucinaciones, algunos aficionados hacen experimentos. Así, el señor B, que desea fervientemente conectarse con las señoritas Verity de la calle Hogarth Road, en el barrio de Kensington, lee «un libro sobre el gran poder que puede ejercer la voluntad humana» y, tras pensarlo un poco y hacer complejas maniobras mentales, logra que su imagen vestida de frac se presente a la noche en la habitación de las hermanas Verity que están por dormirse, en camisón.

Fantasmas de los vivos es el título del gran libro de Edmund Gurney, su legado. Gurney es uno de los miembros menos recordados de la Sociedad y sin embargo, es el más activo. Se dedica tiempo completo a la misión de la institu-

ción: «Investigar ese vasto y debatible cuerpo de fenómenos llamados mesméricos, psíquicos y espiritualistas». Su biografía se desdibuja en esta marea enorme de vidas comunicadas por una misma pregunta. Ya en su primer libro, *El poder del sonido*, había estudiado una materia difícil: la zona indefinida o *borderland* entre física y estética, donde la música se encuentra con el individuo. Gurney analizaba el impacto de las notas musicales en las facultades y los sentimientos del individuo y del grupo, además de su resonancia en las otras artes. Su teoría compleja, de una belleza espartana, fascinó previsiblemente a los alemanes.

En 1875, las tres hermanas de Gurney —Emily, Rosamund y Mary— navegan por el Nilo en una dahabeya. Cuando cae el sol y el río se ensancha, el viento cambia de dirección y la dahabeya da una vuelta de campana. Las hermanas Gurney estaban en su camarote, sobre cubierta, y no logran salir a la superficie. La tragedia marca la vida de Edmund para siempre. A partir de este momento siente que ya no puede hacerse el ingenuo. El dolor humano es indefendible. Nada lo puede justificar. Es en la amistad, en la fraternidad, en la comunicación del sufrimiento y la alegría, cuando la hay, donde puede haber una salida.

Siempre se dijo que Edmund Gurney es un hombre alegre, con una risa tan feliz y contagiosa que todos tratan de hacerlo reír. George Eliot lo conoció en Cambridge y se quedó fascinada. De hecho, no se lo podía sacar de la cabeza. Gurney es el protagonista de su novela *Daniel Deronda*. Ahora, Gurney alterna esa risa con pozos de melancolía y trabaja y escribe incansablemente. Reúne sus ensayos en el *Tertium Quid*. Frente a las dicotomías de siempre, del bien y el mal, la salud y la enfermedad, el alma y el cuerpo, la vigilia

y el sueño, Gurney se ubica en la triangulación y la continuidad entre los opuestos, rastrea los invisibles vasos comunicantes, el hilo delgado y sutil. Estudia los estados mentales alternos de desdoblamiento en personas sanas. Comentan que es permeable al dolor ajeno, quizá excesivamente. Acaso por eso estudia y también deja la medicina y la abogacía. Encuentra un camino en las investigaciones sobre la hipnosis, primero con el doctor Janet en Francia y luego en la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. La entrega de Gurney tiene algo de sacrificial. Dicen que la diferencia entre un mártir y un santo es que los mártires nos hacen sufrir cuando los recordamos y los santos, en cambio, nos hacen felices. En ese sentido, Gurney es un santo. Trabaja noche y día. Responde todas las cartas que llegan a la Sociedad. Va a cada casa y en cada una se queda el tiempo necesario, a veces mientras alguien agoniza, esperando en silencio el momento de la revelación, tomando notas, guardando secretos. Como no da abasto, contrata a los señores Smith y Blackburn, de Brighton. Se rumorea que son sensitivos, se dice que tienen poderes telepáticos. Años después, se descubre que lo estafaron.

Porque esta también es una época de grandes timadores. Famosa es la historia del matrimonio Zancig, que se aprovechó de la buena fe del periodista William T. Stead y de *sir* Arthur Conan Doyle. Su lema era «Dos cabezas y una sola mente». Más conocidos son los hermanos Davenport y la insólita carrera del señor Maskelyne, que por desenmascararlos se convierte en mago famosísimo y llena durante años el Egyptian Hall con su espectáculo. Los detectives del espiritismo y el ectoplasma son tan creativos como los impostores. Y los poetas los reconocen. «Un milagro deja de

serlo por el solo hecho de producirse», dice Cocteau. El armario de los Davenport o el baúl de Bénévol le parecen obras maestras. «El truco no engaña —escribe—, ahí el milagro subsiste». Porque cuando se llega a esa sencillez, cuando Bénévol adormece y Madame Lucile adivina, ese espectáculo puro, sin autoridad científica, ya no es un truco. Son artistas sin arte. Y entonces, pasa que el impostor adivina igual.

Hace milenios que la poesía es amiga de la magia. Pero ahora también la ciencia abre la puerta al misterio. Los mismos miembros de la Sociedad interrogan con tests psicométricos a las niñas Creery. Se somete a las médiums a un *strip-tease* riguroso antes de la *séance* para comprobar que no escondan nada entre la ropa. A otras las revisa, más que exhaustivamente, un médico. Edmund Gurney apunta en otra dirección. En abril de 1888, lo encuentran muerto por una sobredosis de cloroformo en la habitación de un hotel de Brighton. Su mujer dice que viajó de pronto, después de recibir una carta. Se comenta también que estaba investigando apariciones en una casa.

Otras mujeres y otros hombres llevan a cabo su exploración en la sombra para protegerla, para protegerse. Para ellos, este saber, esta práctica, es demasiado sensible a la luz. Y no solo a la luz, también a las palabras. Es como algunas hadas que se esfuman o pervierten en cuanto empiezan a nombrarlas. Por eso estas personas se reúnen en círculos de iniciados, escriben libros difíciles de decodificar. Buscan un lenguaje diferente y le escapan a la divulgación.

Son los escritores, como suele suceder, los que cuentan y cantan más de lo que ellos mismos advierten o se proponen. Su percepción excede sus metas. Dicen que el visionario, la clarividente, no adivinan lo que vendrá: descubren y

modelan su propio tiempo en un presente grávido de todos los tiempos. Y este es un tiempo de magníficos y generosos escritores. Los libros de Vernon Lee, Oscar Wilde, Gustav Meyrink, Catherine Crowe, Robert Louis Stevenson o Rachilde son apenas algunos ejemplos, *séances* que recomienzan cada vez que los abrimos. Son los fantasmas de los vivos de este libro.

En 1924, Virginia Woolf da una conferencia sobre el carácter en la ficción. No ha pasado tanto tiempo, pero hay pasado. El psicoanálisis es una óptica integrada. La misma idea de que la personalidad es misteriosa y abismal parece una costumbre. El frenesí por lo oculto ya está reptando por otros canales. Pero hay otra fuerza que entra en juego: «Una fuerza más imprecisa, que llaman *el espíritu de la época* o la *tendencia de la época*. Es un poder misterioso que nos lleva de la mano y nos hace considerar atentamente las razones por las que las personas hacen lo que hacen y dicen lo que dicen».

Otros lo llaman *zeitgeist*. No es una fuerza con vida independiente o un espectro salido de la nada. La forman entre todos. El encuestador y los encuestados. Gurney con su buena fe y los timadores Smith y Blackburn. El mago Maskelyne y los hermanos Davenport. Los periodistas que interpretan los crímenes y sucesos de la diaria según esta perspectiva. Los que recurren al opio y al éter para acelerar visiones. Los físicos, químicos, biólogos y médicos que se arriesgan a la *séance*. Las «histéricas», los neurasténicos, los espíritus demasiado sensibles para su época. Los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y los que se lanzan a esta búsqueda en secreto. Los ocultistas William Butler Yeats y Aleister Crowley, que combaten con distintos tipos

de magia la misma oscuridad. Los que dejan testimonio, los que volvieron de la exploración sanos y salvos, los que la pagaron cara y los que no lo lograron. También los que se ayudaron con ocurrencias impensadas y un gran sentido del humor.

Escribimos este libro como un encuentro con esas vidas y su legado luminoso. Algunas estaban un poco perdidas. Nos recordaban lo que dice Enoch Soames, el «borroso e inevitable» personaje de Max Beerbohm: «Haga lo posible para hacerles saber que yo he existido». No es que lo necesitaran, al contrario. Nos encontramos también con esa fuerza imprecisa. Y en el camino nos guardamos algunos secretos, para no desentonar.

CÓMO VOLVERSE INVISIBLE

Una noche de febrero de 1854, una mujer apareció desnuda caminando por la cuadra de su casa en Edimburgo. En la mano izquierda, llevaba un pañuelo; en la derecha, una tarjeta de presentación con su nombre. La noticia no llegó a los diarios, pero sí a la historia de la literatura, porque se trataba de Catherine Crowe, escritora de cuentos fantásticos y autora de uno de los libros más vendidos de su época, *El lado nocturno de la naturaleza*, uno de los primeros estudios de los fenómenos de percepción paranormal, como la aparición de fantasmas y dobles, los sueños premonitorios y las casas embrujadas.

Esa noche de febrero, Catherine tenía 64 años. Era amiga de Thackeray, Dickens y Charlotte Brontë y había hecho una fortuna con sus libros, que le habían permitido vivir separada de su marido y dedicada a la investigación del mundo de los espíritus. Fue Dickens el que registró el episodio en varias cartas:

La señora Crowe ha terminado completamente loca —y completamente desnuda— por culpa de los espíritus. La encontraron el otro día en la calle, vestida solo con su

castidad, un pañuelo de bolsillo y una tarjeta de presentación. Al parecer, los espíritus le habían informado que si hacía eso se volvería invisible. Ahora está en el asilo. Una de las más curiosas manifestaciones de su enfermedad es que no soporta ver nada de color negro, lo cual genera muchos inconvenientes, sobre todo cuando llega la hora de traer el carbón para encender el fuego en la estufa de su cuarto.

Unas semanas después, Dickens sigue con el asunto en otra carta. Dice que, cuando Catherine se dio cuenta de que no era invisible, no se sorprendió, porque se acordó de que al abrir la puerta de su casa había intercambiado de manos el pañuelo y la tarjeta, así que salió a la calle con los objetos ubicados al revés de lo que le habían indicado los espíritus.

El episodio no deja de tener cierta lógica: si una está en busca de una receta para la invisibilidad, ¿qué mejor autoridad que los muertos? En *El lado nocturno de la naturaleza*, Crowe nos recuerda que lo que llamamos «lo visible» es «tan solo una función de un órgano construido para ser usado en relación con el mundo externo, pero estamos rodeados de muchas cosas en ese mismo mundo que no podemos ver sin la ayuda de aparatos y otras muchas a las que ni siquiera con esa ayuda podemos percibir». Si la naturaleza está llena de organismos y cuerpos que se esconden al ojo, ¿por qué no pensar que los espíritus participan del mismo juego y que algún día un aparato nuevo nos permitirá percibirlos? Las trompetas de las médiums, el ectoplasma, las luces fosforescentes o la simple clarividencia todavía no eran tan populares en la época de Catherine Crowe. Sin embargo, el tema de la aparición y la desaparición de los cuerpos venía siendo es-

tudiado y practicado por la tradición ocultista desde la Antigüedad.

Casi cincuenta años después de que Catherine saliera desnuda por las calles de Escocia, Aleister Crowley aseguró haber dado con la fórmula para lograr la invisibilidad. Fue en 1900 durante un viaje por México. Con la ayuda de un hombre al que llama «don Jesús» y al que nombró sumo sacerdote, Crowley fundó la Orden de la Lámpara de la Luz Invisible, una hermandad que se remonta a Eliphaz Lévi con escala en Dumas y de la que Crowley conocía sus fórmulas mágicas porque las recordaba de su encarnación anterior como Cagliostro. Parte de los rituales era una danza destinada a producir una especie de mareo lúcido que lo llevó a volverse «un vehículo de la Cabeza de Dios», pero Crowley mismo admite que todavía era muy joven y no había hecho la conexión intelectual entre la conciencia humana y la divina, así que de poco le sirvió entrar en la cabeza del Supremo. En cambio, sí logró algo más práctico: desarrollar un ritual para conseguir la invisibilidad.

Llegué a un punto en que mi reflejo en un espejo se volvió débil y vacilante. Se parecía al efecto de las imágenes interrumpidas en los primeros días del cinematógrafo. Pero el verdadero secreto de la invisibilidad no tiene nada que ver con las leyes de la óptica, el truco es evitar que la gente se dé cuenta de tu presencia en situaciones de completa normalidad. En esto me volví bastante exitoso. Por ejemplo, salía a dar un paseo por la calle vestido con una corona dorada y una capa escarlata sin atraer la atención de nadie.

Como él mismo admite, había logrado llegar a la condición de «parpadeo», pero no había podido «desaparecer completamente». Para llegar a ese estado le faltaban conocimientos y años de entrenamiento. Algún tiempo después de ese viaje, lo encontramos en Calcuta, entregado a la vida conyugal y olvidado de la Gran Obra. Rose, su primera esposa, está embarazada. Él sale a dar una vuelta por la ciudad. Sin darse cuenta, se mete en un barrio peligroso. Va sin guías, tratando de hallar «la calle de la infamia» adonde lo habían llevado en un viaje anterior. Da vuelta por los callejones oscuros, de a ratos iluminados por los fuegos artificiales del festival de Durgá Pujá. De pronto, tiene la sensación de que alguien lo sigue. Crowley se pega a una pared, trata de pasar desapercibido. Cree haberlo logrado, porque va vestido de negro y su rostro está tostado por el sol del Kanchenjunga. Tres hombres pasan de largo, pero luego se dan vuelta y se le tiran encima; se ve el resplandor de la hoja de un cuchillo. Crowley siente que le revisan la ropa, se da cuenta de que, igual que un animal de presa, él y solo él atrajo a esos hombres, anota con furia que era el único extranjero en ese lugar, «un caballero inglés atacado por ladrones comunes». En ese momento, su yo inconsciente, «un simio o algo más primordial», se apodera de su cuerpo. Dispara dos veces en la oscuridad; sin saber cómo, sus manos manejan el revólver que había olvidado en su bolsillo. Se oyen gritos. Los fuegos artificiales iluminan la escena, pero solo se ven sombras confusas. Llega más gente. Aparecen unos hombres con antorchas, rodean a los heridos, todo el barrio se despierta. Nadie se ocupa de Crowley, que sale sin ser visto, por más que es el único europeo en el lugar. «Pasé a través de la muchedumbre excitada, todos me miraban pero nadie me veía: *Pero él*

los atravesó como una niebla y siguió su camino. Ya sé que esto suena a un invento pero muchas de las personas que han vivido conmigo en los últimos tres años notaron que me vuelvo invisible con bastante frecuencia y, la mayoría de las veces, sin darme cuenta».

Unos días después, Crowley descubrió que había herido a dos de los asaltantes con uno solo de sus disparos. En sus *Confesiones*, explica que cierto estado mental, como el del terror, descorre la censura que impide que la conciencia se comunique consigo misma, con su yo profundo. Ese estado mental también se proyecta hacia afuera y distrae la atención de las personas, «igual que lo hace un hechicero con un conjuro». Es más:

Puedo transferir la propiedad de la invisibilidad a los objetos, si quiero. Por ejemplo, hace poco un policía vino a mi casa en busca de un objeto. Yo admití en seguida que lo tenía, se lo mostré y le insistí en que lo viera, lo tocara, lo oliera y lo probara pero se fue de la casa reportando que había sido incapaz de encontrarlo. En esa ocasión yo sabía bien lo que hacía: lo abrumé con mi honestidad y mi diligencia; corté el hilo entre sus sentidos y su mente.

En 1934, el *Manchester Guardian* publicó una noticia con el título: «El escritor Aleister Crowley declina hacerse invisible en la Corte». Se trataba del juicio que Crowley le había entablado a la artista Nina Hamnett por difamación. Aunque esa vez no quiso hacer una demostración pública de sus poderes, Crowley sacó provecho de su habilidad para hacerse invisible en varias oportunidades. Ese entrenamiento salvó su vida al menos una vez más, en un viaje por Marrue-

cos en el que se metió en el medio de un ritual que unos be-
réberes estaban llevando a cabo en medio del desierto.

En cuanto a Catherine Crowe, solo estuvo en el hospital unos días. Cuando salió, escribió una carta a los diarios aclarando que había estado internada por problemas gástricos y que estando inconsciente, lógicamente, había hablado de los espíritus porque era el tema que la obsesionaba en ese momento. Crowe siguió escribiendo y publicando libros sin volver a tener episodios de invisibilidad o locura, aunque Hans Christian Andersen reporta que una vez fue a una fiesta en la que la vio tomando éter con una amiga: «Me miraban con ojos muertos, como de locas», anotó él en su diario. Esa fiesta, sin embargo, fue anterior a su episodio de invisibilidad. Catherine Crowe también investigó otros temas, como las algas, el plancton y otros microorganismos invisibles en el agua.

Quienes estén interesados en el ritual de Crowley para lograr la invisibilidad pueden encontrarlo publicado en uno de los números de su revista *The Equinox*. En una de sus invocaciones dice: «En el nombre del Señor del Universo, te conjuro, Manto de Oscuridad y Misterio, para que me rodees y me vuelvas invisible, para que al verme, los hombres no me vean ni tampoco me comprendan, sino que vean aquello que en realidad no ven y comprendan aquello que no es lo que tienen enfrente. ¡Que así sea!».